

De modo que la causa integral de ese acto hemos de buscarla, pues allí se encuentra, en el deseo de Dios de glorificar a Jesucristo y a su Madre, y en el que anima a Cristo y a María de glorificar a Dios.

Dios Padre prevé los deseos de su Hijo que anhela a corazones que rindan a su Padre el tributo de su amor; quedarán satisfechos sus deseos, y esos corazones le serán concedidos, pero servirán al mismo tiempo para formar a Cristo y a su Madre una corte de honor y de gloria: *Pídemelo y yo te daré en herencia las naciones* (Sal. 8.).

Y Jesucristo pide ángeles a las legiones sinnúmero de espíritus que aparecerán en la región del cielo, hombres a las generaciones que se sucederán a través de los siglos sobre la superficie de la tierra como las olas en la vasta extensión del océano. Todas esas criaturas, hechas en atención a Jesucristo y para Jesucristo, serán perfectas más o menos, según que amen a Jesucristo y a su Madre, y en la medida en que con Cristo y por Cristo amen a Dios.

El amor que sientan por Dios será, pues, la medida de su perfección durante la prueba que han de sufrir, y al de su felicidad durante la eternidad. He ahí el *segundo decreto*.

El pecado, como dice el autor de *Jesucristo Rey de la Creación*, del cual copiamos estos pensamientos, sembrará el desorden en la creación. A los ángeles se les prescribirá la adoración del Hombre-Dios y el reconocimiento de la soberanía de María sobre todas las jerarquías celestiales. Unos, permanecerán fieles, adorarán y amarán: otros se revelarán contra el mandato, arrastados por el más brillante de los espíritus. Lucifer ambicionará para sí la unión hipostática, y encendido su propio corazón en odio contra Jesucristo, vendrá a ser *homicida desde el principio* (Jonn., VIII, 44.) En esta lucha gigantesca cada uno de los espíritus tendrá plena y absoluta libertad para elegir la bandera bajo la cual ha de combatir, y al final de la prueba será confirmado para siempre en los sentimientos que hayan animado en su corazón en el momento supremo y decisivo.

Los estragos del pecado serán más lamentables aún en la pobre humanidad, pues la transgresión de Adán acarreará la ruina de toda su posteridad enviéndola en su suerte. Su fidelidad al mandato divino hubiera asegurado a su descendencia los dones maravillosos de la inocencia con que el se hallaba enriquecido. El pecado le despoja de ellos, y de allí en adelante no será ya dado al hombre conocer y amar sobrenaturalmente a Dios en la tierra, ni verle y gozar de El en las mansiones venturosas del cielo. Es la sentencia que pronuncia la justicia irritada del Creador. Pero, afortunadamente, la misericordia es también un atributo divino, y ¿cómo no había de moverse a compasión el bondadoso corazón de Cristo a vista de una tan tremenda desgracia? No quiere que sean privados para siempre del reino de la dicha sempiterna los que ha asociado para Sí, pidiéndolos por hermanos.

Pero es todavía más fuerte que ese sentimiento de compasión, tan en armonía con nuestro natural, y anterior a ese sentimiento, que nos parece el primer latido de su corazón, la pena, el dolor que experimenta al ver a su Padre privado de ese amor que El había